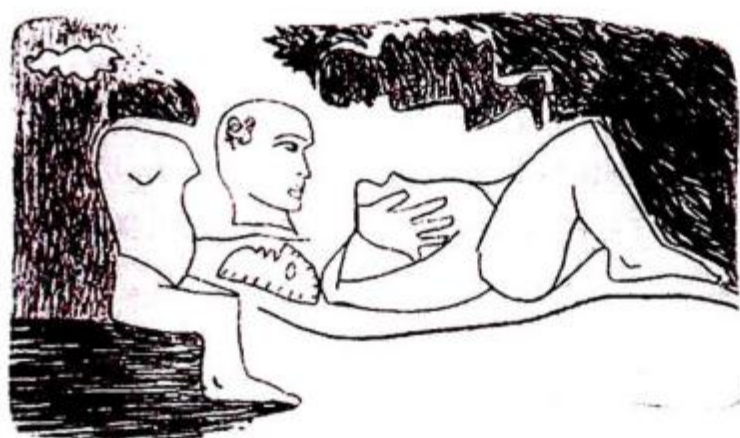


investigadores sociales; idea que sirvió para darle sentido u organización a unos datos que nos ofrece la realidad nacional, pero que en ningún momento alcanza su cometido de explicar el modo de ser (supuestamente individualista) y la supuesta falta de organización social del colombiano. A mi modo de ver, aquí podría haberse caído en una "falacia de la concreción inoportuna" (A. N. Whitehead), resultante de una "ideologización" o "pseudociencia".

¿Cuál es, entonces, el valor de estos escritos?

Para mí tienen el valor de hacer ver el grado de organización social de los intelectuales colombianos (hipótesis contraria a la sostenida por ellos mismos en cuanto al modo de ser colombiano); la mayoría de ellos no sólo forman parte de la "burocracia estatal", algunos en las más altas esferas del poder secular, sino que participan en la vida académica, donde sus ideas se han formado. Además, están comunicados por la internet y publican regularmente en revistas, periódicos, o son entrevistados por la radio y la televisión nacionales.



Al compararse consciente o inconscientemente con cada uno de ellos, uno parece un "aprendiz de brujo" (P. Bourdieu) y difícilmente uno podría ser aceptado como su par (desde esta perspectiva, resulta un poco irónico que los editores del libro hayan querido dejar dos páginas en blanco para los comentarios y reacciones del lector). La misma bibliografía a que nos remiten estos autores (págs. 42, 250-251) es tan densa y especializada, que gran parte de ella sólo se consigue en inglés (el cual no solamente es el idioma universal de los negocios y la tecnología sino de la vida activa en general y de la

vida intelectual en particular). El manejo de un idioma extranjero se convierte aquí en signo de una comunidad de intelectuales, pues se logra romper así una barrera cultural que limita la circulación de las ideas en el plano internacional.

FERNANDO
MORALES MORCOTE

Colombia, festejo sin fin

Santificad las fiestas.

Reportajes y fotografías

Carlos Sánchez Ocampo y Eliza Mejía
Ministerio de Cultura, Bogotá, 1998,
230 págs.

Colombia es un país de realidades extremas y sorprendentes, donde las más devastadoras manifestaciones de muerte se dan a la par con expresiones de vida y regocijo y donde a pesar del desgarramiento generado por la violencia y la guerra la gente no pierde las ganas de celebrar. Sí, ¡quién lo creyera! Colombia tiene alma festiva y motivos de sobra para festejar. Prueba de ello es el libro *Santificad las fiestas* de Carlos Sánchez y Eliza Mejía, dos periodistas de la Universidad de Antioquia que se dieron a la tarea de recorrer la geografía nacional, desde la Guajira hasta Nariño, en pos de las más variadas celebraciones, para mostrarnos cómo el espíritu de la fiesta está profundamente arraigado en las tradiciones de los colombianos y surge con igual fuerza en todas las colectividades sin distinción de raza o condición social.

El libro es prueba de nuestro rico patrimonio cultural, no tanto por el número de las festividades presentadas (apenas once entre las innumerables que existen en el país) sino por la diversidad de sus manifestaciones: rurales y urbanas, religiosas y profanas, de ancestro indígena, europeo y africano. El repertorio

incluye fiestas de cosecha, como la de las Guagas de Pan en San Pedro de Jongovito (Nariño), donde los aldeanos construyen castillos con muñecos de pan, como símbolo de la prodigalidad de la tierra que brinda el trigo y los frutos con los que los lugareños adornan los castillos en honor de san Pedro. Hay también fiestas religiosas como la del Corpus Christi en Atánquez (Cesar), o la Marcha de los Flagelantes en Santo Tomás (Atlántico); fiestas indígenas como el Kalusturinda en Santiago-Manoy (Putumayo); o fiestas que surgen alrededor de un mito, como el Festival de la Leyenda del Hombre Caimán en Plato (Magdalena). Aunque en el muestrario de carnestolendas priman las rurales y poco difundidas, se incluyen dos ampliamente conocidas en el país: el Desfile de Mitos y Leyendas de Medellín y el carnaval más antiguo de Colombia, el de Riosucio (Caldas), donde desde hace 150 años se le rinde culto al diablo.



La selección hecha por los periodistas antioqueños acierta en la variedad de formas y motivos del rito festivo y corrobora que, cuando de gozar se trata, la imaginación popular no tiene límite. Muestra de ello es el Festival de la Mudanza y la Paletilla de Becerril (Cesar), que recrea las mudanzas cantadas que se hacían en la región, y en el que un grupo de hombres, sin otra finalidad que la diversión, se echa la casa al

Cerámica Museo del Oro



FIGURA ANTROPOMORFA
Tumaco Inguapí



FIGURAS ANTROPOMORFAS,
FEMENINA Y MASCULINA
Nariño Capulí



FIGURA/SELLO CON FIGURA ANTROPOZOOMORFA
Tairona tardío



SILLA CON BASE TETRÁPODE
Tolima



FIGURA ANTROPOMORFA FEMENINA
Chimila

OFRENDATARIO ANTROPOMORFO
Muisca



URNA FUNERARIA
Malagana



VASIJAS CILÍNDRICAS ZOOMORFAS
Calima Ilama, Restrepo (Valle del Cauca)



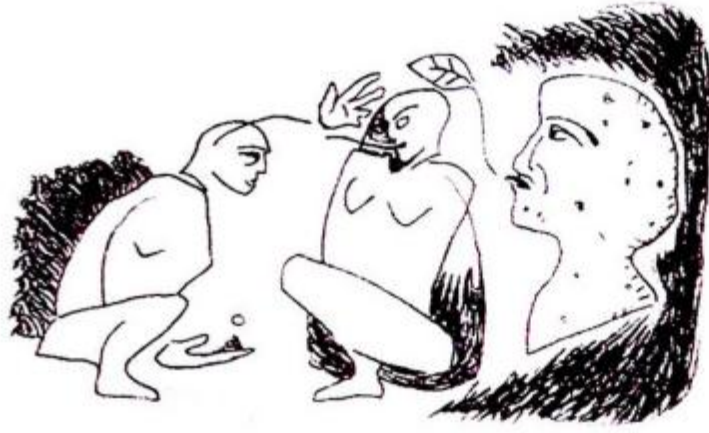


VASIJA GLOBULAR APLANADA CON TAPA
San Agustín medio



FIGURA ANTROPOMORFA TIPO DARIÉN
Bajo Magdalena tardío, Ovejas (Sucre)
Zenú

hombro y la lleva a otro lugar, en un recorrido acompañado con música, bailes, carrozas y, por supuesto, una dosis generosa de licor.

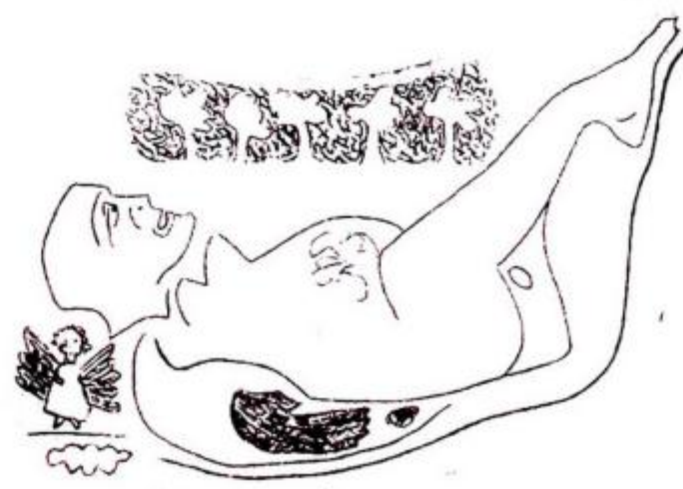


Santificad las fiestas es un muestrario del jolgorio nacional, del más auténtico espíritu de goce que parece “incitado por resortes de un ancestral mecanismo humano”, se manifiesta sin necesidad de grandes decorados, especialmente entre la gente humilde, y surge alrededor de motivos simples, como puede verse en la Fiesta del Gallo en el Valle (Chocó), donde los lugareños se vendan los ojos y con machete en mano tratan de cortarle la cabeza a un gallo medio enterrado animados por el sancocho que saborearán al final de la juerga.

Los reportajes y fotografías en blanco y negro que componen el libro son trabajos documentales independientes que, aunque están presentados por separado, se conjugan eficazmente para retratar la alegría del pueblo, la danza, los atuendos, los juegos, los instrumentos y toda la parafernalia que caracteriza la festividad, pero sobre todo para captar el sentido de esta vivencia colectiva desde el punto de vista de sus actores, permitiéndole al lector conocer el porqué y el cómo de cada ritual. Hay que destacar el trabajo de Carlos Sánchez, quien con sensibilidad y talento literario logra en sus crónicas captar el alma de la fiesta y de sus protagonistas.

Pese a estas virtudes, la obra carece de un criterio de selección —sea cronológico, geográfico, tipológico u otro— que le dé coherencia. En Colombia existe una lista interminable de verbenas, corralejas, carnavales, fiestas rurales, urbanas, patronales, folclóricas, religiosas, indígenas, fiestas de cosechas (la de la iraca, la ce-

bolla, el arroz, el café, el mango, el maíz...; al parecer, todos los productos agrícolas de la A a la Z tienen su fiesta, como seguramente la tienen todos los pueblos a lo largo y ancho de nuestra geografía). Pero no sabemos por qué de ese variado calendario festivo se escogieron unas celebraciones y otras no. Me hubiera gustado encontrar festejos bellísimos como el Festival de la Guabina y el Tiple de Vélez, donde niños y adultos recrean por igual la tradición musical de las montañas santandereanas, o la fiesta llanera de San Martín que se celebra desde 1735, en la que varias cuadrillas de hombres montados a caballo representan episodios de la conquista española. El libro, como buen abre bocas, aviva el apetito, invita a un recorrido más amplio sobre las festividades colombianas. Sería bueno ver desde su óptica algunos festivales de música popular como el del Mono Núñez en Ginebra (Valle), el de la Leyenda Vallenata en Valledupar (Cesar), el Festival del Porro en San Pelayo (Córdoba), punto de encuentro de las bandas papayeras de la región, o celebraciones ampliamente conocidas como la de San Pacho en Quibdó o la de Negritos y Blanquitos en Pasto.



Valdría la pena emprender un proyecto de más envergadura sobre este tema —cuya amplitud alcanzaría a conformar una enciclopedia— con el enfoque documental de *Santificad las fiestas* para presentar un panorama lo más completo posible del repertorio festivo del país, el cual podría culminar en una publicación con textos, ilustraciones e imágenes en vivo... perfecto para una edición en multimedia. Ahí queda la idea para un editor osado que quiera

retomarla. Los pocos libros que han tratado de abordar el asunto, como *Fiestas, celebraciones y ritos de Colombia* de Nina de Friedemann, derrochan en fotografías en color lo que escatiman en texto; otros, como el de Javier Ocampo López, *Las fiestas y el folclor en Colombia*, describen danzas, cantos, ritmos y trajes de las principales fiestas pero tiene una documentación gráfica muy pobre.

Santificad las fiestas es un libro de interés para todos los que quieran conocer la cara jovial de Colombia y saber acerca de las manifestaciones que congregan a sus habitantes en torno a la alegría y el goce. Esta edición, patrocinada por el Ministerio de Cultura, nos presenta bellamente, a través de la imagen y la palabra, once festividades que confirman la riqueza y la diversidad cultural de un país donde, por fortuna, todavía perviven tradiciones que no han sido arrasadas por las expresiones de la cultura moderna y donde, a pesar de tantas cosas terribles, la gente todavía tiene motivos de sobra para festejar.

VERÓNICA
LONDOÑO VEGA
Universidad de Antioquia

Flaco favor

Botero, esculturas

Jean Clarence Aubert (prólogo)
Villegas Editores, Bogotá, 1998,
272 págs.

Para quienes conocen de vieja data las pinturas de Fernando Botero adentrarse en otra faceta de su trabajo como es su escultura resulta una labor estimulante, ya que de esta manera se abarcan los dos hemisferios de su creación plástica.

Sin dejar de reconocer la calidad editorial y gráfica propia de este sello, así como su diagramación, una vez leído el presente libro al lector le queda la sensación de una oportunidad desaprovechada.